
RONALD COASE Y EL MAL USO DE LA ECONOMÍA

*John Cassidy**

Esta es una historia sobre la historia de la economía, de las travesuras y, en últimas, del poder político. Se refiere al economista Ronald Coase, quien murió el lunes pasado a la edad de ciento dos años.

A lo largo de su vida, Coase —que nació en el barrio londinense de Willesden y se educó en Inglaterra antes de trasladarse a Estados Unidos en 1951— se convirtió en un icono de la derecha. Su famoso “teorema de Coase” fue utilizado por políticos, agencias reguladoras y jueces para justificar un enfoque no intervencionista de las grandes empresas que dejaba la contaminación y otros problemas económicos a las fuerzas correctivas del mercado. En los años setenta y ochenta, cuando la Escuela de Economía de Chicago barrió con todo lo anterior en Washington y en los tribunales de la nación, la obra de Coase probó ser sumamente influyente. En 1991, los suecos le dieron el Premio Nobel de Economía, una de las tantas distinciones que recibió.

Que esto parezca irónico o trágico depende de cómo se vean las cosas. Como economista de inclinación conservadora, Coase era instintivamente escéptico hacia las regulaciones del gobierno, pero también era un empirista inglés y reconocía que la realidad es complicada. No creía en el liberalismo, y admitía que el teorema de Coase no se aplicaba en muchos casos de contaminación y otras manifestaciones de lo que los economistas llaman “externalidades negativas”, en especial de las que afectan a muchas personas.

* Tomado de [<http://www.newyorker.com/online/blogs/johncassidy/>], *The New Yorker*, 3 de septiembre de 2013. Se publica con la debida autorización. Traducción de Alberto Supelano. Fecha de recepción: 25 de septiembre de 2013, fecha de aceptación: 22 de octubre de 2013. Sugerencia de citación: Cassidy, J. “Ronald Coase y el mal uso de la economía”, *Revista de Economía Institucional* 15, 29, 2013, pp. 321-325.

De hecho, Coase nunca pensó que el teorema de Coase fuese una teoría económica de gran escala, sino un mero ejercicio mental útil que se podía realizar antes de pasar a casos más realistas. Quedó a manos de prosélitos menos cuidadosos explotar su obra en las cruzadas contra el gran gobierno. En sus manos, se mutiló y distorsionó su razonamiento sutil. Con ayuda de grupos de derecha, como la Fundación Olin, políticos que cumplían las órdenes de las grandes empresas y jueces que creían estar aplicando la última teoría económica pero que en realidad hacían lo mismo que los políticos, los conservadores utilizaron la obra de Coase para inclinar la balanza jurídica en favor de las corporaciones, eludir las normas ambientales y suprimir otras restricciones al comportamiento odioso en los negocios que se establecieron durante los primeros tres cuartos del siglo XX.

Todo empezó a finales de los años cincuenta, cuando Coase reflexionaba sobre un antiguo problema de la economía: cómo tratar “las acciones de las empresas de negocios que tienen efectos perjudiciales sobre otros”, como las fábricas que generan mucho ruido y emiten gases tóxicos. Las soluciones comunes a este tipo de contaminación consistían en alentar a las personas afectadas a enjuiciar legalmente a los contaminadores en los tribunales, o en fijar un impuesto que desalentara la actividad. Coase, admirador de Adam Smith desde su época de estudiante en la London School of Economics, dijo que estos enfoques eran erróneos. En un artículo publicado en 1960 escribió: “Mi opinión es que los cursos de acción propuestos son inapropiados porque llevan a resultados que no necesaria o incluso usualmente son deseables”.

¿Por qué? Una lectura cuidadosa de su artículo “El problema del costo social” muestra que recurrió a dos argumentos, uno teórico y otro práctico.

La contribución teórica de Coase era contraintuitiva. En un mundo ideal, dijo, no importaría qué parte —la empresa o sus vecinos— era legalmente responsable del acto de contaminación. Mientras que ambas partes se pudieran reunir para discutir con todas las cifras y hechos relevantes a mano, podrían llegar a un acuerdo socialmente aceptable sin necesidad de asistencia del gobierno. Para ilustrarlo, usó el ejemplo del hato de un ganadero que invadía los campos de cereales de un agricultor vecino.

Si la ley decía que el ganadero era legalmente responsable, lo más probable sería que terminara pagando el costo de una nueva cerca. Si levantar la cerca fuera demasiado costoso, podría terminar pagando al agricultor los daños ocasionales a sus cultivos. ¿Pero qué sucedería si

el ganadero no era legalmente responsable, quizá porque los linderos de la propiedad no eran claros? En esas circunstancias, dijo Coase, el agricultor quizá terminaría pagando la cerca. Pero si este pensaba que construirla era más costoso que el daño ocasional causado por el ganado, aceptaría con desgano eventuales incursiones.

La asignación de derechos de propiedad decidiría quién paga. Pero desde un punto de vista económico más general, argumentó Coase, el resultado sería en esencia igual. Con base en los costos relativos de levantar cercas y soportar daños ocasionales de los cultivos, las dos partes concordarían en un resultado que maximizara el valor del producto (carne de res y cereales) que producían sus fincas. La asignación de recursos a los diversos tipos de producción y el valor de la producción total serían los mismos.

Cuando Coase presentó este argumento a un grupo de economistas en la Universidad de Chicago, solo uno de ellos estuvo inicialmente de acuerdo. Veinte lo rechazaron. Al final de la tarde, todos estaban de su lado, lo que no es sorprendente. La conjetura de Coase es una aplicación del conocido supuesto del *laissez-faire* de que en un mundo perfecto, donde se explotan todas las negociaciones mutuamente benéficas, el resultado del mercado es eficiente (en términos de Pareto), es decir, no es posible mejorarlo sin reducir el bienestar de al menos una de las partes involucradas.

Una vez los librecambistas de Chicago entendieron eso, acogieron a Coase. En 1964, se trasladó de la Universidad de Virginia a Chicago, donde viviría el resto de su vida. Un par de años después, George Stigler, una de las luminarias de la Escuela de Chicago, elevó la conjetura de Coase sobre derechos de propiedad y negociación, que fue enunciada en un inglés encomiablemente claro, a un dominio teórico más alto, y acuñó el término “teorema de Coase”. Revestido de este nuevo y brillante ropaje, muchos economistas, especialistas en política y jueces conservadores lo interpretaron de un modo que decía que si los derechos de propiedad se especificaban claramente no habría necesidad de regulaciones del gobierno, de “impuestos al pecado” o de sentencias legales punitivas. Se podría confiar en que la magia del mercado produciría un resultado deseable.

Por supuesto, eso no es lo que dijo Coase. En su artículo de 1960 dejó en claro que estaba hablando de un mundo en el que las partes afectadas se podían reunir, con toda la información relevante en la mano, y llegar a un acuerdo voluntario con un costo igual a cero. “Este es, por supuesto, un supuesto irrealista”, escribió. En casos de contaminación industrial pueden ser afectadas miles de personas, e

incluso más. Reunirlas y persuadirlas para que lleguen a un acuerdo puede ser una tarea monumental y muy costosa. Coase señaló:

La regulación directa del gobierno no necesariamente dará mejores resultados que dejar que el problema sea resuelto por el mercado o la empresa. Pero, igualmente, no hay ninguna razón para que, a veces, la regulación administrativa del gobierno no lleve a un mejoramiento de la eficiencia económica. Esto parece particularmente probable cuando, como suele suceder con las molestias causadas por el humo, están involucradas muchas personas y, por tanto, los costos de manejar el problema a través del mercado o la empresa pueden ser elevados.

Reunir a las víctimas no es el único problema. En muchos pleitos ambientales, por ejemplo, no hay acuerdo sobre la intensidad del daño o cuánto costaría rectificarlo. A veces —tomemos, p. ej., las implicaciones sanitarias a largo plazo de la filtración de radioactividad en Fukushima— esta información no solo está en disputa sino que no existe. Ni siquiera sabemos cuántas personas enfermarán en los próximos años por estar expuestas a la radiación.

Aunque se dispusiese de toda la información relevante, puede haber otros problemas. Cuando enfrentan a un adversario a menudo dividido y débil, los grandes contaminadores tienen un incentivo para obstruir, confundir e influir en los jueces y políticos locales. Por su parte, las personas afectadas por la contaminación tienen un incentivo para esperar que otras tomen la iniciativa y luego “colincharse” a sus esfuerzos. Aunque las partes eventualmente se reúnan para negociar, no es seguro que el resultado sea el más eficiente. Ambas partes aún tienen un incentivo para mentir, distorsionar y tomar posturas extremas. Los estudios teóricos modernos sobre negociación bilateral sugieren que, en tales circunstancias, hay varios resultados posibles y que muchos de ellos no son eficientes en ningún sentido de la palabra.

En suma, rara vez hay razones para suponer que dejar que el mercado se ocupe de las externalidades produce un buen resultado. Por supuesto, las soluciones impuestas por el gobierno, como las normas sobre uso de la tierra y los límites a las emisiones, a menudo son también inconvenientes. Como Coase señaló en 1960, el único camino sensato es examinar cuidadosamente los casos individuales y decidir qué enfoque puede funcionar mejor. Si es una disputa grande y complicada que involucra miles de partes, la regulación o la tributación, o ambas, suele ser el mejor remedio. Si es más pequeña e involucra pocas personas (p. ej., una disputa sobre un vecino ruidoso) las mismas partes podrían resolverla.

Ese no es el mensaje que el mundo tomó de Coase. A una edad avanzada, se limitaría a quejarse de que la gente se centró en unas

pocas páginas de su artículo original de 1960 –la parte referente al mundo ideal de negociaciones sin esfuerzo y “costos de transacción” cero– e ignoró las demás. En el discurso que pronunció cuando recibió el Nobel, dijo modestamente: “tiendo a ver el teorema de Coase como un paso en el camino del análisis de una economía con costos de transacción positivos”. Aunque, para entonces, lo que él dijo realmente no hacía mucha diferencia. Para los propósitos de la historia, el tímido joven de Willesden fue enrolado en una contrarrevolución conservadora que orientó a Estados Unidos (y a muchos otros países) en una dirección más burda, menos regulada y menos equitativa.